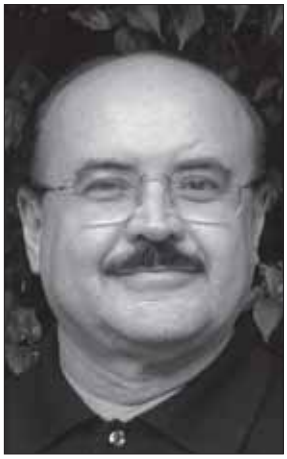
Rodolf Sirera



Rodolf Sirera (Valencia, 1948). Ha escrito más de treinta obras teatrales, algunas de ellas en colaboración con su hermano Josep Lluís, y ha obtenido numerosos premios (entre ellos el Nacional de Teatro de la Generalitat de Catalunya y el Max). Sus obras han sido traducidas y estrenadas en distintos idiomas. Entre sus títulos destacan *Plany en la mort d'Enric Ribera*, *El verí del teatre*, *Bloody Mary Show*, *La primera de la classe*, *Cavalls de mar*, *Indian Summer*, *La caverna*, *Maror*, *Punt de fuga*, *Silenci de negra* y *La mirada de l'alquimista*.

Ha ocupado distintos cargos directivos en varias instituciones culturales valencianas. Actualmente es consejero de la Sociedad General de Autores y Editores y director del Máster en guión de televisión, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Valencia. También ha realizado versiones y traducido textos, además de colaborar como crítico teatral en varias publicaciones periódicas.

UN HIJO ES UN REGALO DE DIOS

Una amplia estancia de techo abovedado, de piedra oscura y mal labrada. Estrechas ventanas en la parte izquierda del foro, a través de las cuales asistimos al nacimiento de un día triste y especialmente frío. A la derecha, una chimenea encendida. A su calor, sentados en dos pesados sitiales de madera, el CAPITÁN y el ECLESIÁSTICO. La espera es larga; la conversación, forzada, no parece interesar al CAPITÁN e inquieta al ECLESIÁSTICO. Una puerta pequeña en el lateral derecho, y una más grande en el izquierdo, ambas cerradas.

ECLESIÁSTICO.– Mi hermano me escribió desde San Salvador. Dice que las obras de la catedral se encuentran muy adelantadas. *(Pausa. Es evidente que el silencio le incomoda.)* ¿Conoce usted San Salvador?
CAPITÁN.– ¿San Salvador? No. Ya le dije antes que no estuve nunca en el Norte.
ECLESIÁSTICO.– Es verdad. Lo había olvidado. *(Pausa.)* Sin embargo, es extraño que un militar como usted no se haya sentido nunca atraído por la aventura. Dicen que allí se hace carrera muy rápidamente.
CAPITÁN.– Si se consigue regresar.
ECLESIÁSTICO.– Si se consigue regresar, claro. Pero no intentará hacerme creer

que no le seduce el riesgo. *(Pausa breve.)* Aún está a tiempo. Hay una clase de ambición que el Señor comprende e incluso disculpa.
CAPITÁN.– Aquí hay poca luz. Sin duda, usted no me ha visto bien.
ECLESIÁSTICO.– ¿Verlo? ¿Por qué...?
CAPITÁN.– Ya no soy joven, reverendo. Hay ciertas cosas que sólo se pueden hacer si la edad acompaña. *(Pausa.)* Tampoco usted llegó a obispo.
ECLESIÁSTICO.– En nuestra carrera, capitán, al contrario de lo que sucede en la milicia, no elegimos. Dios Nuestro Señor tiene un destino reservado para cada uno de nosotros. *(Sonríe forzadamente.)* El mérito radica en aceptarlo sin ponerse a calcular las consecuencias. *(Larga pausa.)* Dicen que anoche cruzó el cielo un cometa. Yo no vi nada.
(Se oye una voz de mujer que grita de dolor.)
CAPITÁN.– Parece que ya está en camino.
ECLESIÁSTICO.– Antiguamente, los cometas anunciaban calamidades terribles.
(Entra, por la puerta pequeña, la COMADRONA. Cruza la escena, muy apresurada.)
COMADRONA.– *(Señalando la puerta grande.)* Voy a decirles que estén preparados. Ya comenzó y me parece que llegará enseguida.
CAPITÁN.– ¿Todo bien?
COMADRONA.– Está muy débil. Ya sabe usted en qué circunstancias...
CAPITÁN.– *(Seco.)* ¿Y el niño?
COMADRONA.– La primera impresión es buena.
CAPITÁN.– No la habrá dejado sola.
COMADRONA.– No, claro que no.
CAPITÁN.– Bien, entonces no se entretenga.
COMADRONA.– *(Señalando la puerta.)* Yo creo que sería mejor que entraran y esperasen aquí.
(Un nuevo grito, todavía más largo e intenso.)
CAPITÁN.– Haga lo que tenga que hacer.
(La COMADRONA sale de escena por la puerta de la izquierda.)
ECLESIÁSTICO.– ¿Quién puede saber exactamente lo que tiene que hacer, en tiempos como éstos? Tiempos de desolación, sin duda.
CAPITÁN.– Los conocimos aún peores.
(Vuelve a oírse el grito de la mujer.)
ECLESIÁSTICO.– *(Disimulando un escalofrío.)* Yo no consigo acostumbrarme.
CAPITÁN.– Mientras continúe soportándolo con resignación, acostumbrarse o no no importa demasiado. *(Saca del bolsillo un paquete de cigarrillos y ofrece uno al ECLESIÁSTICO.)* ¿Quiere usted uno?
(EL ECLESIÁSTICO niega con la cabeza. El CAPITÁN enciende un cigarrillo. La COMADRONA entra, corriendo, por la puerta de la izquierda. Hace un gesto en direc-

ción a ésta, como para que pase alguien que se encuentra fuera.)
COMADRONA.– Sí, sí... es cuestión de minutos... *(Nuevamente en dirección a la puerta.)* Pero pasen... Es mejor que esperen aquí dentro.
(Por la puerta de la izquierda entran el PADRE y la MADRE, una pareja grisácea, más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta. Él es delgado, enjuto, autoritario. Ella, una pobre mujer, redondita, simple, que luce un vientre exageradamente hinchado, como si estuviese a punto de dar a luz. Lleva en la mano una maleta pequeña. El CAPITÁN, al ver al PADRE, se levanta y le saluda militarmente.)
CAPITÁN.– A sus órdenes. No sabía que era usted quien...
(El PADRE, nervioso, le indica, con gestos, que no siga.)
ECLESIÁSTICO.– *(A la COMADRONA.)* Seguro que dentro la necesitan.
(La COMADRONA sale por la puerta de la derecha. El CAPITÁN mueve la cabeza, como disculpándose.)
ECLESIÁSTICO.– *(Al PADRE y a la MADRE, con suavidad.)* Estamos todos un poco excitados.
CAPITÁN.– *(A la MADRE, ofreciéndole su asiento.)* Siéntese aquí, señora. Estará fatigada.
(La MADRE se sienta. El PADRE, a su lado, solícito.)
PADRE.– Demasiadas emociones. Tantas sorpresas, a ella le afectan mucho. *(A la MADRE, con una ternura algo tosca.)* Enseguida estaremos en casa. Los... *(Bajando la voz.)* tres.
MADRE.– *(Miedosa.)* ¿Seguro que...? Mira que si pasara una desgracia yo no podría resistirlo.
CAPITÁN.– No, no... Todo va muy bien, no se inquiete, señora.
MADRE.– Hemos tenido que esperar tanto tiempo...
PADRE.– *(Dominando la emoción.)* Nosotros ya no somos jóvenes. Y no creo que tengamos bastante aguante para vivir otra vez una situación como ésta.
(Un largo grito de la mujer, que desciende toda la escala hasta convertirse en un aullido ahogado. Se interrumpe, de repente. Silencio.)
MADRE.– *(Espantada.)* ¿Qué es eso? ¿Por qué calla? ¿No... no será que...?
ECLESIÁSTICO.– Querida señora... Tenga confianza. *(En voz baja, al PADRE.)* Es la primera vez, ¿verdad?
PADRE.– Sí, la primera.
ECLESIÁSTICO.– *(Después de una pausa.)* Por lo menos, le procurarán una buena infancia...
PADRE.– Y una buena educación, se lo garantizo.
(Se oye el llanto de un recién nacido.)
MADRE.– *(Emocionada.)* ¡El niño! ¡Es el niño! *(De repente, con miedo, al PADRE.)* ¿Y por qué llora?

CAPITÁN.– *(Lanzando la colilla a tierra y apagándola con la punta de la bota. Disimulando el sarcasmo.)* Todos lloran, al nacer. Debe ser porque piensan en lo que les espera.
PADRE.– *(A la MADRE, tratando de tranquilizarla.)* Es natural, mujer. Eso no quiere decir nada.
MADRE.– ¿No estará enfermo? Mira que si tiene algún defecto... Si es subnormal. O ciego... No sé.
CAPITÁN.– Es normal. Tuvimos mucho cuidado.
PADRE.– ¿Le hicieron... análisis?
CAPITÁN.– Todos los análisis. Un médico... *(Enfático.)* militar.
(Aparece la COMADRONA en la puerta pequeña, y le hace un gesto al CAPITÁN.)
PADRE.– *(Al CAPITÁN.)* ¿Algún problema?
(El CAPITÁN mira interrogativamente a la COMADRONA. La MADRE les observa, angustiada.)
COMADRONA.– No, no... Es un niño. Y todo marchó sin problemas. En seguida se lo traigo.
CAPITÁN.– *(Al ECLESIÁSTICO.)* Vaya usted. Y sea breve. *(A la COMADRONA.)* Y usted, diga a las otras que se esfumen. Todas.
COMADRONA.– Ahora vuelvo con el niño.
(La COMADRONA sale por la derecha. El ECLESIÁSTICO se levanta y la sigue, en silencio. Pausa.)
MADRE.– *(Al PADRE.)* Se me hizo como un nudo en la garganta. *(De repente, le asalta una nueva inquietud.)* ¿Y el sacerdote? ¿No será que se ha muerto? ¿O que se está muriendo y lo quieren bautizar? Porque si no los bautizan se quedan en el limbo, toda la eternidad...
(Se oye llorar de nuevo al niño.)
PADRE.– ¡Siempre tienes que pensar en lo peor! ¿No oyes cómo llora? El niño está bien, mujer; está bien...
MADRE.– ¿Entonces, el sacerdote...?
(El PADRE, incómodo, no contesta. El CAPITÁN empieza a ponerse unos guantes de cuero.)
CAPITÁN.– *(Suavemente.)* Nosotros somos una nación cristiana.
MADRE.– *(Al CAPITÁN, sin entender.)* ¿Cómo?
PADRE.– *(Evasivo.)* Por... precaución, mujer.
(Entra por la puerta de la derecha la COMADRONA. Lleva un niño en brazos, cubierto con un mantón blanco.)
COMADRONA.– El niño.
(La MADRE, muy excitada, se pone en pie. Va junto a la COMADRONA. El PADRE la sigue. El CAPITÁN se queda solo, junto al fuego, acabando de ponerse los guantes.)
MADRE.– ¡El niño!

COMADRONA.– *(A la MADRE, dándoselo.)* Tenga, señora, tómelo.
MADRE.– *(Emocionada.)* ¿Yo?
PADRE.– *(Con afecto.)* Mujer, claro que tú. ¿Quién va a ser si no?
MADRE.– *(Al PADRE, por el niño.)* Es... es... es tan precioso...
PADRE.– Ya tienes lo que querías, ¿eh?
MADRE.– Me mira... me está mirando.
COMADRONA.– *(Sonríe.)* Todavía no ve.
MADRE.– Parece tan indefenso... Tan necesitado...
COMADRONA.– Para eso están los padres... Para ayudarlo a crecer...
MADRE.– *(Al PADRE, tierna.)* Nosotros le ayudaremos a él... y él nos ayudará a nosotros. Un hijo es un regalo de Dios.
CAPITÁN.– *(Después de una pausa.)* Bien. Ahora deberían irse. *(El PADRE se vuelve, un poco molesto por la interrupción. Suavizando el tono, para que suene disciplinado.)* Señor, me permito aconsejarle que vuelvan a casa lo antes posible. No es conveniente que les vean.
PADRE.– Ya.
CAPITÁN.– Y... *(Señalando el vientre hinchado de la MADRE.)* Eso... *(Moviendo la cabeza con desaprobación. A la COMADRONA.)* Tendría que quitárselo.
MADRE.– *(Sin entender.)* ¿Qué?
COMADRONA.– Déle el niño a su marido.
PADRE.– Sí, dámelo.
(El PADRE toma al niño de brazos de la MADRE. Mira al CAPITÁN que, discretamente, se ha vuelto hacia la ventana y queda de espaldas al grupo. La COMADRONA oculta con su cuerpo el de la MADRE y se nota que manipula algo bajo la falda de ésta.)
COMADRONA.– ¿Ve? Es muy fácil. Soltamos esto ahora... Y esto también...
PADRE.– Dése prisa.
COMADRONA.– Ya está.
(La COMADRONA tiene entre las manos una especie de arnés que sirve para simular un vientre grávido. La MADRE se alisa la falda. El CAPITÁN se vuelve y señala la maleta, que había quedado al lado del fuego.)
CAPITÁN.– *(A la COMADRONA.)* Métalo ahí.
(El PADRE le entrega de nuevo el niño a la MADRE. La COMADRONA va hacia la maleta y la abre. Está vacía. Mete dentro el arnés y la cierra.)
CAPITÁN.– Y, ahora, váyanse. *(A la COMADRONA.)* Usted, acompáñelos.
PADRE.– ¿Y el sacerdote?
CAPITÁN.– Luego.
(El PADRE asiente. Él y la MADRE cruzan la escena, en dirección a la puerta grande. Pasan por delante del CAPITÁN, sin decir nada. La COMADRONA les precede, con la maleta. Los tres salen por la izquierda, el PADRE el último.)

CAPITÁN.– *(Cuadrándose con displicencia.)* A sus órdenes.
(El PADRE vuelve la cabeza y le mira. El CAPITÁN le mantiene la mirada, burlón. El PADRE baja los ojos y sale. Pausa. El CAPITÁN saca del bolsillo una pistola. Comprueba el cargador. Entra por la puerta pequeña el ECLESIÁSTICO. Viene con la cabeza baja, como si soportara un peso enorme. El CAPITÁN esconde la pistola.)
ECLESIÁSTICO.– Debería usted irse al Norte. Todos nosotros... deberíamos irnos.
CAPITÁN.– Y algunos se irán, no lo dude. Pero yo no... *(Sonríe.)* Ni usted tampoco, aunque ahora le parezca deseable.
(El CAPITÁN se pone en pie. Se despereza. Se oye el motor de un helicóptero que se acerca.)
ECLESIÁSTICO.– *(Amargamente, mientras comienza a cruzar la escena hacia la izquierda.)* Usted, qué sabe...
CAPITÁN.– Todo, reverendo. Ése es mi verdadero oficio.
(La ventana se ilumina durante unos segundos con una luz cegadora, mientras pasa sobre el edificio el helicóptero.)
CAPITÁN.– *(Cínico.)* Ahí tiene su cometa, reverendo. *(Mientras comienza a caminar hacia la derecha.)* Volveremos a vernos.
(El ECLESIÁSTICO duda. El CAPITÁN se vuelve hacia él.)
CAPITÁN.– *(Glacial, sin levantar la voz.)* Le dije adiós.
(El ECLESIÁSTICO baja la cabeza y, lentamente, sale de escena por la puerta grande. Tan pronto como el CAPITÁN queda solo, vuelve a sacar del bolsillo la pistola. La monta, y se va por la puerta de la derecha. El sonido del helicóptero se pierde, poco a poco, en la lejanía. Pausa. Silencio. De repente, un disparo, un único disparo, muy fuerte, muy seco, que retumba en las bóvedas del cuartel, e inmediatamente OSCURO).

NOTA

Esta obra ha sido creada dentro del proyecto de escritura *Récits de la naissance,* promovido en Francia por el director teatral Roland Fichet. La primera lectura pública tuvo lugar en el festival de Bayona, en versión francesa de Mila Casals (*Un enfant est un cadeau de Dieu*), en octubre de 1994. El texto fue publicado por primera vez, en edición bilingüe, en *Art Teatral. Cuadernos de minipiezas ilustradas,* núm. 11 (Valencia, 1998).